

## De San Sebastián á Loyola.

---

CORRE, corre. Locomotora que traspasas las montañas, destruyes los praderíos, rompes las bellezas del paisaje y llevas á todas partes con tu marcha febril, todas las ventajas del utilitarismo moderno ¡Oh paisaje! ¡Cuán bello eres!

La lluvia constante de la primavera ha dado al campo un verdor de extraordinario relieve. Su fuerza y lozania parece como que despiden un jugo misterioso de vida exuberante. Campo verde, árboles, montañas....

Pero ¿ por qué ensalzo yo el paisaje que voy admirando desde la ventanilla de mi tren? ¿por qué admiro yo las grandes ventajas que tiene el campo para habitarlo? ¡Pobre de mí! Soy solo, me quedo solo cantando á la montaña, á sus valles, á sus barrancos, á sus picos, á sus altozanos y á sus caseríos. Soy solo contemplado las grandezas de sus más recónditos panoramas. El mundo, al discurrir con la misma filosofía que quien discurrió al idear el tren que en estos momentos me lleva, miró al campo como cosa secundaria, porque lo bello estará siempre en segundo lugar entre las inteligencias de *la mayoría* y al compararlo con la ciudad, se decidió por ella.

Y hoy se van poblando las grandes urbes ; en los caseríos que vivan los caseros y los aldeanos. Nosotros, el *gran mundo*, viviremos en la ciudad, en la gran ciudad que nos exija grandes necesidades, grandes lujos, grandes carruajes, grandes exhibiciones y..... grandes peligros para la salud. Figurar, exhibirse, aparentar á veces lo que no existe. Arruinarse acaso para tener que volver otra vez al campo. ¡Qué frecuente es hoy esto en la sociedad actual!

Y si con ello vemos todavía que el hombre menos inteligente entre la sabiduría del mundo, el hombre más pobre entre las riquezas del mundo, el hombre más rústico entre los remilgamientos de la sociedad, ese hombre es el más feliz, el que más ama y el que más bienestar ofrece á su familia. Sí, ese hombre es el casero. ¿Qué diremos de nuestra sociedad? ¿Quién sabe más y con más amor de la vida? ¿El casero ó la sociedad? El uno contempla la belleza, ama el vivir, porque el campo es el vivir, mata las necesidades, haciendo de las suyas y de su familia, una felicidad á toda prueba, consiguiendo con todo ello amar esa belleza, y amando lo bello, lo ideal, lo puramente artístico, ama la vida, porque con la salud, con su vigor, vivirá y vivirá largos años.

Ama, pues, la belleza y la vida. En cambio la sociedad ¿qué hace? Abandona el campo. No quiere aspirar el hálito vivificador que surge de las jugosas praderas y del aire purísimo que envuelve la montaña y prefiere el ambiente envenenado : las grandes ciudades. Ha abandonado lo bello por lo útil ó por lo feo. No ama la vida, porque su mismo modo de vivir la mata. No ama lo bello, porque al buscar lo útil, lo mata. No ama la salud física y vigorosa que crea una familia fuerte, porque lo sencillo ha querido sustituir con lo complicado y material.

Y en este paralelo, en esta comparación, el mundo, la sociedad con toda su pretendida sabiduría, entiende menos, sabe menos, mucho menos, que el rústico, que el casero que se levanta para tomar la azada, sigue durante el día con la azada y se acuesta con la azada. ¡La azada y la boina, dando ejemplo de ideal al bastón y al sombrero!

\*  
\* \*

Todo esto pensaba yo mientras el tren corría á toda marcha, pasando túneles y viaductos. Un paisaje encantador arrebatava las miradas de todos los viajeros que viajaban por la costa guipuzcoana. Un río serpentea al pie de la línea del ferrocarril, el mar aparece de trecho en trecho, por entre hileras de montañas. El tren se detiene en una estación. Allí está Orio, el pueblo de Orio con su hermoso puente, con su puerto, con sus lanchas, su iglesia y sus casas blancas, muy blancas todas ellas, en armónica confusión.

Un viajero entra en este momento en mi departamento. Trae bajo su brazo uno ó dos librotes. Viste la clásica boina y tiene su rostro

rapado como un quinto. Apenas toma su asiento, el tren pita con estridente silbido y arranca con excelsa suavidad. Seguimos presenciando nuevamente el brioso paisaje guipuzcoano. El viajero abre una pequeña maleta y va sacando algunos folletos y libros. Esto me inspiraba curiosidad. Su miopismo le hace calar unos lentes para comenzar la lectura de toda aquella portátil biblioteca. Pero apenas comienza á leer, su vista se dirige hacia la ventanilla para admirar el paisaje. Ha podido más la fuerza de la Naturaleza, que la intensidad de la atracción de la lectura.

Al poco rato, él y yo entablamos conversación.

—Amigo mío—me dice—, en verdad le digo, que cuando se viaja por este país, apenas puede dedicarse uno á otra cosa más que á admirar su paisaje. Son tan bellos los declives de sus montañas, tan seductores sus oteros, tan armónicos sus colores, que me hacen recordar aquel pensamiento de Platón, que V. conocerá, y que dice : «Si hay algo que hace valorar y confortar la vida humana, es la contemplación de la belleza pura.» Por eso no me extraña que este país sea tan músico, no me extraña que la más honda cualidad de los bascos, sea el sentimiento artístico, con especialidad el de la música ¡Triste amigo mío del país, que por defectos de raza, por influencia del paisaje, ó por sus tenebrosas afecciones dejé de sentir esa esencia del orden que se llama música!

Yo vengo de tierra castellana, yo acabo de abandonar el paisaje tétrico de aquel pueblo de densas tinieblas y le digo á V. que en Castilla no puede sentirse la música, y no puede sentirse porque allí falta paisaje, allí, le repito, falta paisaje que enriquezca y espiritualice la vida. La tristeza se ha hecho presa de aquel país. Por ello, sus afecciones son tenebrosas, y me recuerdan en estos momentos la frase de Shakespeare : «No os confiéis jamás de un hombre que no sienta la música, ni la lleve dentro de sí mismo, porque los movimientos de su espíritu serán sordos como la noche.....»

—Aquel hombre me cautivó. Este hombre—dije para mis adentros—es un aristócrata. Un aristócrata de la inteligencia y un aristócrata del sentimiento. En medio del cúmulo de conversaciones vulgares que á cada momento escuchamos cuando nos metemos en un tren, el habla de aquel hombre despedía ráfagas olorosas de un perfume de puro idealismo. Nunca nuestro espíritu pudo haberse reconcentrado en un diálogo más confortable y espiritual.

Pero amigo mío—le dije—, aunque un país sea mudo á la armonía de los sonidos, no por eso dejará de jugar un gran papel en el desarrollo de las grandes luchas de la vicia.

—Indudablemente ; pero fijese bien en sus actos, y al momento comprenderá que la mayoría no han pasado de ser plagios y estratagemas. Si ha realizado grandes actos, ello habrá motivado la influencia de países más artistas, de más sentimiento artístico. Acaso los hombres de estos últimos hayan intervenido en la vida de los primeros y les hayan llevado á las empresas de renombre más universal. Pero él, de suyo, nunca habrá sentido el vértigo de las grandes dominaciones, de los grandes imperialismos.

—De manera que según V., para que un país sea grande, ese país tiene que sentirse músico.

—No, no es eso ; no me refiero al ajuste preciso de que sepa música ó no ; quiero decir, que así como el ejercicio de la gimnasia fortifica el cuerpo, el sentimiento de la música forma una humanidad de corazones nobles, elevados ; corazones de artistas y de héroes ; que en un momento dado sepan sacrificarse por el ideal y por la patria. Si esos corazones de artistas no existen, si en sus sentimientos no preside el ritmo de la música, no puede tampoco crearse una patria y una nacionalidad de empresas estupendas, magnánimas. Y de ahí, lo que le he dicho hace un momento, que esas nacionalidades obrarán siempre y en todos los órdenes, sean políticos, literarios, de arte, de filosofía, en fin, en todo, á impulsos : inspiración de naciones más artistas.

—Pero amigo mío, es necesario distinguir. Sabe V. como yo, que en todas y cada una de las bellas artes, hay y ha habido siempre dos géneros fatalmente distintos. El uno eleva, ennoblece, dignifica. El otro nos hace sensuales, nos coloca al nivel de las bestias. Y esto mismo ocurrirá con la música.

—Claro está que sí ; no cabe la menor duda. Bien sabe V. también en qué forma dividía la música el antes citado Platón. Á la música enervante la consideraba como el veneno que causaba, la decadencia y la muerte de los pueblos. En cambio á la música, que no era *cobarde*, la llamaba música fuerte, que ennoblecía los sentimientos y hacía que á sus acentos armónicos, los guerreros desafiase la muerte en los campos de batalla. Y esa es, precisamente, á la música que yo me refiero. Á la música que ennoblece, que eleva, lo mismo que en literatura y en estética, existe también ese mismo género.

—Verdaderamente, amigo mío. Está V. en lo cierto. Y ahora viene á mi memoria las batallas que los bascos sostenían con fiereza indomable, animados al son de la música, que hacía de nuestros compatriotas héroes legendarios y hombres de extraordinario valor.

\*  
\* \* \*

En estos momentos habíamos transcurrido á toda marcha gran parte del paisaje basco. Nuestra conversación se hacía de momento en momento más interesante. ¿Quién era aquel viajero que con tal emoción se expresaba? ; no lo sabía. Por las trazas de su vestuario é indumentaria me parecía un seminarista. Era, sin disputa, hombre de una instrucción á toda prueba.

Mientras el tren iba deteniéndose á su llegada á la estación, nuestra conversación sufrió un momento de reposo.

El tren se detiene y el empleado de la estación grita en aquel momento : Zarauz.....! ¡Cinco minutos de paradaaa!

Los viajeros salen precipitadamente con todo su acompañamiento de maletas y baúles ; el tren prorrumpe en un continuado rugido ; los empleados del tren lanzán gritos inarticulados queriendo arrebatar las maletas á los viajeros ; el vendedor de caramelos ensalza los de Matías López ; el agua con azucarillo se despacha copa tras copa en un puesto que está al borde de la estación ; un vendedor de periódicos recio y chatungo, corre tras la multitud á caza de compradores y en todo este maremágnum de charla y griterío, las *chicas* del pueblo se pasean por el andén con trajes á la última, luciendo sus complicados peinados y sus cuerpos de belleza bascas.

Y allí está Zarauz ; Zarauz del veraneo; Zarauz, residencia de los Mayorazgos ; Zarauz, antigua villa de Parientes Mayores y uno de los pueblos de Guipúzcoa donde se celebraba la Junta General de invierno.

A un cuarto de hora de camino á pie, está Guetaria, la patria de Elcano ; pueblo memorable por su magnífica iglesia de San Salvador, donde en ocasiones se reunían también las Juntas Generales y donde se decretó el famoso «Cuaderno de las Sesenta Ordenanzas». Pueblo pintoresco y de una posición topográfica tan admirable que se domina y un horizonte de mar de belleza extraordinaria. El monte de San Antón sirve de atalaya de las ballenas; y navíos que pasan.

Á los pocos momentos, el empleado de la estación grita ehh! via-

jeros al tren.....; suena un pito y el tren rompe de nuevo su marcha ascendente.

Á nuestra vista aparecen fábricas y más fábricas, industrias y más industrias. En el mismo pueblo de Zarauz son varias las fábricas que hemos abandonado. Por todas partes no se distingue más que un gran prurito de enriquecerse, de industrializarlo todo, hasta lo más bello y pintoresco. Será rara la provincia de España donde el paisaje se encuentre tan plagado de fábricas como en Guipúzcoa.

Un paisaje tan bello, un paisaje de una pureza tan exquisita, un paisaje que nunca debiera aparecer más que como un retiro de aves, como un rumor de bosque, como un lugar donde los hombres debieran rendir culto á Dios y á la Naturaleza ; he aquí el pecado de lesa belleza que el hombre comete al levantar sobre sus praderas y entre sus arroyuelos y remansos, máquinas, volantes, cargaderos y hombres cuyos rostros aparecen tiznados de tierra.

¿Qué sucede con todo este afán de industrializar lo todo? Que así como el exceso de miseria en un pueblo mata y destruye los cuerpos de sus habitantes, así también el exceso de riqueza é industrialismo mata la madre naturaleza. Y así vemos en nuestro paisaje que la presa puesta en un río ha destruído su curso natural, la destrucción de los árboles de sus montañas para dedicarlos á la explotación de la madera, ha convertido en montes pelados y fríos, aquellos bosques de esplendorosa vegetación ; la implantación de un cargadero y la explotación de una cantera, han desangrado el cuerpo viril de la montaña ciclópea ; las fábricas van explotándolo todo y levantándose de año en año tantas como caseríos existen en la montaña basca, arrancando de este modo lo típico, lo personal y característico, por lo útil, lo feo, lo universal y lo igualitario. ¡Pobre paisaje basco! ¡Qué calvario tan triste es el que te hace llevar este afán de industrializarse y enriquecerse que se ha despertado en el país!



Arribamos á Zumaya. Durante mi meditado silencio, el viajero amigo ha leído continuamente en todo el trayecto. Nos fijamos los dos en el puente de Zumaya. En aquel momento entraba un bergantín de la matrícula de Bilbao. El puerto estaba lleno de pequeñas embarcaciones de vela. Lanchas, traineras, lanchones, vaporcitos de pesca

y un vapor de bastante tonelaje, entró el día anterior. Aquel conjunto de embarcaciones daba animado aspecto al típico puerto de Zumaya. Suenan al poco tiempo las sonoras campanas de la iglesia. Por sus empedradas y alineadas calles discurren algunas gentes. Al medio día parece que habrá música en el kiosco de la pintoresca plaza. También en el frontón hay buen número de varoniles muchachos y *gizones* imberbes. Juegan á la pelota con impulso.

Este noble *sport* es el que hace tenerse á esta gente en el estado físico más vigoroso y fuerte. La gente pasea por su alameda, que es donde se ven algunas caras forasteras. Del centro de España comenzaban ya á huir las gentes en desbandada buscando el fresco de las playas del Norte. San Sebastián, Zarauz, Zumaya, Deva, Motrico, especialmente en Guipúzcoa. Ondárroa, Bermeo, Durango, Portugalete, Las Arenas de Bilbao, en Bizcaya. Todos estos pueblos iban siendo ya la reunión de la mayoría del forastero español. Dimos un vistazo á Zumaya y nos dirgimos al tren, que, con estridente silbido arrancó para conducirnos á la última estación de nuestro destino.

Llegamos por último á Arrona, pueblecillo de humildísimo aspecto. Allí nos esperaba el ómnibus con cuatro mal aparejados caballos que nos había de conducir á Azpeitia. De nuevo se presenta á nuestros ojos el mismo paisaje. Sus colores, sus árboles, sus prados, sus montañas, sus oleros, sus picos. Un río corriendo con armónico ruido, varias estribaciones formando culebreos en las laderas de los montes, el caserío al pie de la montaña, la casa señorial rodeada de bosques y jardines, el campo en toda su extensión, en toda su profunda espectación. Tales son los variados aspectos que presenta nuestro paisaje en el recorrido de Arrona á Azpeitia.

Nuestro ómnibus corría con pausada velocidad. Ya no faltaba largo trecho para llegar á Azpeitia. El polvo que levantaba el galopeo de los caballos, nos envolvía en una neblina chispeante, al contacto de los rayos del sol. Nuevamente aparecen fábricas, chimeneas, torres de iglesia. Estamos ya muy cerca de Azpeitia. El viajero, ya amigo mío, y yo, contemplamos cada vez con mayor pasión el paisaje guipuzcoano.

El amigo me decía : —A mí nada me extraña que los habitantes del centro de España concurren en tan grande número á veranear en medio de este aspecto tan múltiple y variado del paisaje basco; porque durante todo el resto del año, su vida ha de ser fatalmente triste. Aquel paisaje inspira tristeza, congoja, sumisión. Todos los actos que

bajo su influencia se han ejecutado, son de profunda tristeza. El pueblo está triste, su espíritu es triste, sus actos están hechos también bajo el poder de la tristeza. Aquel ambiente de la Edad Media ¡cuánto de error y de fantatismo triste envolvía! En cambio todo lo de este país tiene que ser alegre y confortable, como es alegre su paisaje. Aquí la emoción artística que se experimenta es de espontánea alegría. Nadie que contemple este campo ideal, estas casitas rústicas, este paisaje risueño, puede experimentar la menor emoción de tristeza. Por eso en este país se respira esta vida, este calor del trabajo, este movimiento impulsivo : vida, calor y movimiento, que son los agentes más eficaces de la tranquilidad y alegría de esta raza.

Paróse el ómnibus en aquel momento. La vista de Azpeitia rebo-saba extraordinaria animación. Por todas partes no se veía más que gente y más gente. Entre la multitud destacábase el elemento masculino, personificada en la gente del campo. ¡Qué hombres más corpulentos! ¡Qué robustez física! ¡Qué líneas más vigorosas!

Pasaban y pasaban caseros. Quedamos durante unos momentos presenciando tan hermoso desfile.

Esta es la raza; este es el poder y la fuerza física de nuestra gente —dije yo á mi amigo—.Efectivamente. Esto es verdaderamente bello. Aquí hay un pueblo naturalmente educado al culto de la belleza física.

¿Verdad? Pues aquí se tocan las consecuencias —le contesté —de poseer el paisaje y el campo, del que V. se entusiasmaba hace unos momentos, Esta gente cumple á la perfección aquella doctrina de Ruskin: «el comienzo del arte consiste en hacer del pueblo un pueblo bello». Y el pueblo basco, mejor dicho, la raza basca, es una raza veda, porque guarda todavía en gran parte los rasgos típicos y fisonómicos de su primitiva pureza. Contribuye esto en gran parte, los juegos y trabajos á que se dedica. El hombre y la mujer del campo, necesariamente han de conservar una robustez física, naturalmente encantadoras. Á sus trabajos corporales que llevan á cabo aspirando el aire purísimo de la montaña, se une su fuerte complexión. El hombre, especialmente se dedica, además de sus trabajos corporales, á los juegos de la barra, hacha y otros parecidos; es decir, que hace una especie de gimnasia al aire libre. Y si el hombre de la ciudad se crea tanto más sano y corpulento, cuanto con mayor éxito se ejercite en la gimnasia, ¿qué no se creará el hombre del campo, con un aire tan sano y tan puro, como el que de continuo respira?....

Nuestra conversación era interrumpida de momento en momento por una concinuada fiesta y alegría.

Azpeitia ardía en fiestas. Nos dirigimos á Loyola, contemplando las cilópeas montañas del Izarraiz, Ernio y Jaizquibel. El río Urola baña sonrientemente las estribaciones de esas montañas. Una vega preciosa envuelve el paisaje en armónica tonalidad. Y allí, en el fondo, surge el edificio de Loyola ; el colegio de Loyola con su torrón, su entrada monumental y sus dos enormes cuerpos laterales. Á medida que nos acercábamos, sus sonoras campanas difundían por los aires sonoros tañidos de metasl. Era la vispera de la fiesta de San Ignacio.

Un gentío inmenso aguardaba en la escalinata y alameda cercana para entrar á la hora de la Salve. La charla y la impaciencia corrían parejas en la mayoría de los que aguardaban. Había forasteros de todos lados : de Bizcaya, de Alaba, de Navarra y de la provincia de Guipúzcoa. Un buen contingente de forasteros llegados de las distintas playas veraniegas en coches y automóviles, aumentaba el número de los llegados con mogtivo de las fiestas del gran basco de Loyola. Hay un momento de expectación. Todas las miradas se dirigen hacia el camino que conduce a Azpeitia. Va acercándose el Ayuntamiento que viene á presidir la fiesta en plena corporación. En el pórtico es recibido por la comunidad de Loyola en pleno, y..... comienza la Salve.

La iglesia de Loyola ofrece un carácter de extraordinario esplendor. De sus enormes columnas penden tapices de color rojo. Sus arañas de luces iluminan fastuosamente toda la rotonda de la iglesia. La figura de San Ignacio de cuerpo entero y de plata maciza, surge en el medio del altar rodeada de una profusa galería de bombillas eléctricas. Por todos lados que se mire aparece el gusto, el esplendor y una soberana brillantes, aun en los pequeños detalles. Aquella noche la orquesta, formada por elementos musicales de Azpeitia y un nutrido coro de voces hacen verdadero derroche de sentimiento artístico. Las fiestas religiosas en honor de San Ignacio continuaron al día siguiente con el mismo ó maor esplendor si cabe.

La Misa Mayor que se celebra en la iglesia de Loyola ofrece gran interés tradicional é históricos. La comitiva que llega de Azpeitia momentos antes de dar comienzo la Misa Mayor, se compone del clero parroquial revestido de roquete, el Ayunamiento en pleno, distinguidas personalidades de la citada villa y un gentío inmenso que acompaña por detrás al clero y corporación municipal. La imagen de San

Ignacio es llevada en andas por cuatro, miqueletes, tipos escogidos del valiente cuerpo guipuzcoano. El momento de la llegada está impregnado de una sencillez encantadora. La expectación silenciosa de todos los circunstantes se rompe en bulliciosa alegría. El ruido de las campanas de los torreones de la iglesia apaga las clásicas notas del tamboril que precede á la comitiva. Toda la comunidad la recibe en el pórtico del celebrado Colegio. Y en el momento en que un movimiento psicológico se apodera de aquella inmensa muchedumbre, suena una descarga cerrada de fusilería disparada por los miqueletes momentos antes de penetrar la imagen de San Ignacio en la iglesia. Al poco tiempo penetra la multitud bajo las bóvedas de la rotonda de Loyola, ciérranse las puertas, comienzan los preámbulos de la solemne función religiosa y vuélvense á escuchar las mismas notas, los mismos acordes, la misma música é idéntica extraordinaria solemnidad que la noche anterior. Loyola conmemoraba la fiesta de su fundador. Azpeitia, la de su hijo esclarecido.

\*  
\* \*

Mi acompañante y yo abandonamos á los pocos momentos la risueña vega de Loyola. El río Urola serpenteaba rápidamente y dejaba escuchar su bullicioso ruido. Las ingentes montañas se veían envueltas en medio de una luz meridiana. El viajero acompañante y yo continuábamos nuestra charla comentando cosas de religión y recordando textos de Ituart, Mill, Taine, Balmes y otros nombres que nunca se olvidarán. Hablábamos, y hablábamos sin llegar á estarnos de acuerdo.

El alma de los pueblos es la religión. Un pueblo de fe es capaz de llegar á las empresas más estupendas.

—Efectivamente. Pero eso no quiere decir que el alma de los pueblos es exclusivamente la religión. Existe la lengua, la patria y la misma raza. Prueba de ello tiene V. en el pueblo espartano, donde la fuerza de sus instituciones estaba en su Sparta, en su idea de la patria.

—Es verdad. Pero allí donde durante largos siglos la religión ha sido el movimiento intrínseco sobre el que ha girado toda la vida social y política, arrancarlo, quitárselo para hacerle ver que su espíritu y su alma son otras distintas á la religión, es llevar á ese pueblo á una disolución de su fuerza mayor.

—No cabe la menor duda. Este ya es otro punto. Á pesar de todo

ese pueblo existiría como pueblo, como raza, porque tendría sus instituciones y su lengua; perdería la religión, y acaso el pueblo en consecuencia de su desenfreno y de su inmoralidad, llegaría á una corrupción, principio de su muerte física.

Pero V. y yo estamos de acuerdo en lo fundamental. Y es, que todas las razas y todos los pueblos necesitan su religión.

—Sí, señor.

Terminó nuestra charla, subimos al coche que había de conducirnos á nuestro punto de partida y después de un fuerte apretón de manos, nos despedimos cariñosamente con los correspondientes ofrecimientos de rúbrica. Era un exseminarista que acababa de abandonar la carrera y llegaba aquellos días de Salamanca.

ADRIÁN DE LOYARTE.

